



EXCMO. SR DR.D. JOSE SEBASTIAN Y BANDARAN. PBRO.
CANONIGO HISPALENSE - XLIV DIRECTOR DE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

rado compañero, que no se sepa, pues entre sus muchos merecimientos ciñó sobre sus sienes la triple borla de Doctor en Sagrada Teología, Derecho Canónico y Filosofía Escolástica; mas como exposición de una vida ejemplar conviene airearla, máxime en estas calendas en que los valores espirituales están olvidados y por muchos menospreciados.

* * *

En nuestra Catedral Primada, siempre me emociona leer la impresionante e insólita lauda sepulcral, situada a los pies de la Virgen del Sagrario, del ilustre Cardenal Portocarrero, figura destacada de la iglesia española del Barroco. Pese a la costumbre generalizada entre los Prelados, de consignar nombres, títulos y honores, la de referencia es anónima y sólo dice con escalofriante elocuencia: *Hic jacet pulvis, Cinis et nihil*. Así es en la materialidad humana; también el cuerpo de nuestro venerado amigo será ya polvo, ceniza, nada; pero fue un ejemplar sacerdote, perfecto caballero cristiano y en su pastoral actuación buscaba siempre lo sobrenatural. Ya Calderón en «La vida es sueño» nos enseñó:

«Acudamos a lo eterno
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan».

y en «El Príncipe Constante» afirmaba:

«Todos los hombres sus fortunas vieron;
en un día nacieron y espiraron;
que, pasados, los siglos horas fueron».

Pero el quehacer de D. José durante su dilatada vida fue un modelo constante de entrega a Dios y al prójimo: buscaba en todo momento la Verdad, practicaba de modo continuo la Caridad, con los dones que el Espíritu le infundía: don de palabra, don de consejo, don de fortaleza, don de ciencia,

don de bondad, don de temor de Dios. Era un Varón justo.

Durante cuarenta y un años conviví con él en la Academia, le seguía en todas sus actuaciones, aprendiendo siempre de sus planteamientos y reacciones.

Ciñéndome a su personalidad como Académico de Bellas Artes, diré que cuantas veces leía en Aristóteles las tres cosas más difíciles de hallar en los potentados, *el no querer ser, el saber ser y el saber dejar de ser*, me venía a la memoria la recia personalidad de Bandarán.

Pudo ser mucho más que lo que fue por su personalidad, sus méritos y las circunstancias en que vivió; sin embargo, fue un sevillano que se quedó por siempre en Sevilla, aceptando las responsabilidades de echar sobre sí la carga de cuantos cargos le ofrecían, para servir desde ellos a la Sociedad y a la Patria. Otros se marchan y con lágrimas de cocodrilo viven siempre con nostalgia —a veces más verbal que auténtica— y critican de continuo cuanto se hace o se omite, se rasgan las vestiduras con lo que estiman que se pierde; ¡pero, en definitiva, se fueron!

Quiso vivir siempre cabe la vigilante mirada de la Virgen de los Reyes, a quien profesaba ternísimo amor y de la que fue Capellán, en su Capilla Real, durante luengos años.

* * *

Por lo que hace a nuestra Academia, marco al que debo ceñirme al hablar de D. José, recordaré que en memorable sesión de octubre de 1917 se cubrieron dos vacantes de Numerarios: D. Aníbal González Álvarez Ossorio sustituyó al singular historiador de Arte D. José Gestoso Pérez, a quien tanto deben la historia y el arte de Sevilla; y D. José Sebastián Bandarán a D. Tomás de Ybarra.

Ocupó D. José la plaza n.º 16 de prestigioso historial, pues le habían antecedido D. Antonio Freyre, Relator de la Audiencia, Secretario, Consiliario y decidido propulsor de las relaciones de la Academia con el Museo; D. José M.^a Asensio y Toledo, quien sucesivamente desempeñó las tres Consiliarías y la Presidencia de la Corporación; D. Manuel Bedmar Escudero, Se-

cretario y Consiliario; D. Eduardo Ibarra; al fallecimiento de éste se elige a mi maestro D. Francisco Murillo Herrera (a quien me cupo el honor de suceder en su Cátedra), pero en su firmísimo propósito que mantuvo toda su vida de no ser más que profesor Universitario, renunció al nombramiento inmediatamente; D. Tomás de Ibarra y a éste, Bandarán, según se ha dicho.

Desde entonces ha seguido paso a paso la vida corporativa, con total asiduidad, sin desmayos ni altibajos, atento siempre a servir con dignidad y señorío. Al verlo laborar, recordaba aquellas frases de Pedro de Espinosa que encierran una profunda filosofía: «Tus estudios son ejercicios de la paz, clarísimo adorno de tu Ocio, sin que éste, como quiere Séneca, sea sepulcro de hombre vivo».

Desempeñó con brillantez y eficacia los cargos de Bibliotecario, Secretario (1933-52) y Consiliario segundo (1952-72); aceptó cuantos encargos se le confiaron y anduvo siempre afanado con atenta y ansiosa obsesión a cuanto con Sevilla y con su Arte se refiriera, urgiéndonos a fiscalizar, denunciar, evitar... En la campaña oposicional del cegamiento del Guadalquivir a su paso por Sevilla, tuvo decida actuación.

Durante varias horas matutinas y por espacio de muchos años, en épocas normales o de las ingentes obras realizadas en varias ocasiones, sin cansancio y pese a sus evidentes achaques en los últimos años de su vida, permanecía en nuestro Museo de Bellas Artes, siendo una garantía para todos su vigilancia y orientación; el Patronato de la Pinacoteca, al que perteneció dilatado tiempo, le debe servicios inestimables.

Sus vastísimos conocimientos en diversos saberes pero especialmente en historia sevillana y su prodigiosa memoria, le convertían en archivo viviente, que con gran generosidad abría a cuantos le consultaban. ¡Lástima que no haya dejado escritas tantas cosas que con su desaparición se han perdido para siempre!

* * *

Entre sus meritorios trabajos sobresale el anteproyecto de Reglamento, que compuso en unión de otro benemérito

Numerario, D. Nicolás Díaz Molero, aprobado oficialmente en 1942 y por el que todavía nos regimos; los discursos de contestación a los recipiendarios D. Mario de la Escosura y Méndez y D. Celestino López Martínez, ambos en letras de molde; sus doctas disertaciones en los homenajes a Martínez Montañés, Zurbarán, Velázquez, San Fernando y San Ignacio, con ocasión de conmemoraciones o centenarios y en el dedicado a la Inmaculada Concepción.

* * *

Citemos algunas de sus publicaciones artísticas: dedicó unas «papeletas de Arte», dando cuenta de dos brillantes investigaciones suyas, acerca de la imagen de San Diego de Alcalá, obra de Martínez Montañés, que hoy luce en el retablo mayor de la iglesia sevillana de San Buenaventura y de la bellísima Inmaculada de Zurbarán, que procedente de las Esclavas Concepcionistas de esta esta Ciudad enjoya hoy el Museo del Prado, que podría ser llamada con toda justeza la «Inmaculada Bandarán», con criterio análogo a otras Obras de Arte. Además de estas dos son varias las «papeletas» que insertó en el Boletín de Bellas Artes, editado por la Academia y en otras revistas y diarios.

Importante y cargado de emoción, el libro que compuso en colaboración con D. Antonio Tineo Lara, Pbro., titulado «La persecución religiosa en la Archidiócesis de Sevilla», publicado en 1938, donde se reseñan los sacerdotes, clérigos y personas sacrificadas por su fe en la revolución de 1936, así como se inventarían sumariamente los templos destruidos y objetos artísticos destruidos o desaparecidos.

Es también digno de loa su publicación «Breve noticia de la imágenes de la Sma. V. María veneradas... en Sevilla en los días del Descubrimiento y colonización de América...», fechada en 1929, donde rebosa su acendrado marianismo.

* * *

Destacada su función docente: en la antigua Universidad Pontificia y en el Seminario hispalense, profesó disciplinas tan

diversas cuales Pedagogía catequística, Historia eclesiástica, Arqueología Sagrada, Griego Clásico y Lengua francesa, prueba inequívoca de la extensión de su saber. Son muchos los Clérigos que recuerdan con satisfacción el magisterio de D. José.

En las Escuelas de Peritos Industriales y en la Elemental de Trabajo, tuvo a su cargo durante varios años la enseñanza de Formación religiosa, orientándola no sólo en didáctica teórica sino como Deontología y vida práctica.

* * *

Después de cuanto acaba de exponerse y mucho más que podría aducir y que omito por no interesar este propósito, es lógico que haya recibido honores y nombramientos.

Desde 1916 ha sido Numerario, Preeminente y Director de la para mí muy querida Real Academia Sevillana de Buenas Letras (que próximamente le rendirá su homenaje necrológico); fue Correspondiente de las Reales Academias Nacionales Española de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, así como de las de Cádiz, Córdoba, Toledo y Zaragoza y en cuanto a las extranjeras figuró en la nómina de prestigiosas Corporaciones Científicas, Literarias y Artísticas de Génova, Nápoles, Verona, Coimbra, Lisboa y Estocolmo.

En Sevilla fue también Vocal 1.º del Patronato del Museo de Bellas Artes, Vocal de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos y Predicador de la Ciudad.

El Gobierno español le otorgó con toda justicia la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Como Alcalde de Sevilla me cupo el honor de concederle la Medalla de Plata de Sevilla, en votación corporativa unánime, y la gran satisfacción de imponérsela en sesión pública y solemnísima; acto de justicia a quien se desvió por servirla, pues, era extraordinario el amor que le profesó, bien probado repetidamente.

* * *

También sufrió, ¡cómo no!, disgustos y desengaños, pues ellos van tristemente unidos a la humana condición; mas le

vi reaccionar siempre con espíritu sacerdotal y ejemplar abnegación.

Por todo ello conviene que recordemos su vida y que ésta quede grabada para testimonio y faro de todos. Es preciso, urgente y necesario que se escriba su biografía que es aleccionadora y poco común en la época que vivimos.

Recuerdo a este efecto la profunda filosofía que encierra un cantar popular:

En la ciudad del Amor
y en la calle del Cariño
vi pasar al desengaño
corriendo tras el olvido.

Sería penoso que al correr de los años una vida tan fecunda como la suya fuese *desconocida para las generaciones de sevillanos que nos sucedan*.

Presente tenemos, presidiendo la sesión, el magnífico retrato que D. Virgilio Mattoni, nuestro inolvidable compañero, le dedicara. En él vemos a un Bandarán joven, lleno de vida, de ímpetu apostólico y de afanes de trabajo; presente también tenemos el recuerdo vivo, su estampa en los últimos años tan bien captada por Chiappi en el cuadro que posee la fraterna Academia de Buenas Letras; no ha desaparecido aquí el espíritu sacerdotal que le imprimía carácter, ni su capacidad de laborar, sólo el paso de los años. Allí luce la muceta doctoral, aquí la canonical, sin condecoraciones ni nada que distraiga de lo más querido. Asimismo Grosso en su magnífica pintura «Patronos del Museo» lo efigió sobriamente paramentado con su sotana, que nunca sustituyó, para dar público testimonio de su Ordenación, en un tiempo en que resulta raro encontrarla. Estampas unas y otras de un sevillano perteneciente a una época que se nos va de las manos; por eso hay que dejar huellas indelebles de estas vidas dignas de salvar de la oscuridad.

* * *

La Real Academia Nacional de Bellas Artes de San Fer-

nando, a la que me honro en pertenecer como Numerario y en cuya lista de Correspondientes sevillanos destabaca el nombre de D. José, tiene como lema una profunda frase tomada de la carta segunda de San Pablo a Timoteo, que dice: *Non coronabitur nisi legitime certaverit*. Yo ahora, pensando piadosamente y confiado en la misericordia divina, aplico la certidumbre de esta sentencia, pues espero que el alma de D. José, sacerdote del Señor, haya recibido el premio de la eterna felicidad que se reserva a los justos, porque luchó con nobleza y lealtad, buscó la Verdad afanándose por servirla, se entregó a los hombres, tratándolos como hermanos y murió en la paz y gracia de Dios.

Descanse en paz.

He dicho. (*)

(*) Disertación pronunciada en la solemne sesión necrológica celebrada por la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, el 21 de enero de 1973.